
RECORRIDO: Travesía MIRAFLORES DE LA SIERRA - PUERTO DE LA MORCUERA (por el valle del río Miraflores y Cañada Real de la Morcuera). Vuelta por el mismo recorrido.

El recorrido descrito se realizó un sábado de primeros de octubre. El día presentaba nubes y claros y en principio no amenazaba lluvia. La temperatura máxima en este día rondó los 9-10 grados centígrados.

COMPONENTES: Recorrido realizado por dos adultos y dos niñas de 7 y 10 años.

DISTANCIA aproximada: 12 Km. en total ida y vuelta.

TIEMPO: El recorrido de ida puede hacerse perfectamente en dos horas (aproximadamente 6 km.) Este tiempo se reduce notablemente a la vuelta ya que toda ella es cuesta abajo.

DIFICULTAD: Baja. (Media en algunos tramos cortos, dada la pendiente a salvar y, dependiendo de la época del año, la humedad del terreno).

EQUIPO: En la época del año en que se realizó esta travesía es imprescindible llevar ropa de abrigo. Habrá momentos en que esta ropa irá en la mochila pero será imprescindible utilizarla si baja la temperatura o en las paradas para no perder calor. Dado el riesgo de lluvia una capa de agua en la mochila nos puede ahorrar una buena mojadura. Calzado apropiado, botas no muy pesadas pero con un buen dibujo en la suela que facilite el agarre. Calcetines de repuesto y si las botas no son impermeables, llevaremos unas zapatillas deportivas ligeras en la mochila para cambiarnos a la vuelta si nos hubiésemos mojado. Un pequeño botiquín. El protector solar para cara y cuello es necesario a pesar del frío; alguna vez nos hemos quemado con el cielo totalmente encapotado. Aunque esté nublado, una gorra o gorro de montaña impedirá que nos moleste el sol, si asoma, y que perdamos temperatura por la cabeza si hace frío. Un buen bastón, cámara de fotos y unos pequeños prismáticos. Una bolsa para la basura que generemos y que más tarde tiraremos en una papelera de zona urbana. Libreta y lápiz para tomar notas que nos parezcan de interés y que nos refresquen la memoria si algún día nos decidimos a redactar una descripción de esta travesía. Un plano puede ser útil (hoja -1:50.000- y 509 del Inst. Geográfico Nacional). Evitar llevar objetos innecesarios que únicamente aumentan el peso de nuestras mochilas.

COMIDA: Algunas galletas y frutos secos para recuperar fuerzas en las paradas intermedias y unos bocadillos y fruta para la comida central del día. Medio litro de agua por cada componente del grupo. La comida no debe ser muy abundante, evitar la tentación del termo con bebida caliente, si hace frío la mejor forma de combatirlo es no hacer paradas largas y abrigarse correctamente. Es preferible entrar en calor con una buena merienda a nuestro regreso.

DESCRIPCIÓN DEL RECORRIDO:

Llegamos a Miraflores con el autobús de la línea 725 que sale de Madrid a las 8:30 y que pasa por Colmenar aproximadamente a las 9:00 de la mañana. A esa hora el bus ya iba lleno de montañeros y personas que venían a sus casas de fin de semana en los pueblos de la sierra. Ya en Miraflores nos encaminamos callejeando hasta la plaza de la Fuente Nueva, donde nos llamó la atención el silencio roto únicamente por el ruido del agua de la fuente y el jolgorio de los pájaros. Desde ahí nos acercamos a la llamada plaza del Álamo, donde el árbol que le da nombre se levanta majestuoso a pesar de que la "grafiosis" lo mató hace algunos años y hoy es un tronco seco. Para los habitantes de este pueblo sigue siendo "el árbol gordo", punto de encuentro y referencia para excursionistas, visitantes y lugareños. Vicente Aleixandre (que vivió algunos años en este pueblo) escribió un poema a este árbol centenario (al parecer fue plantado en la segunda mitad del siglo XVIII):

*En el centro del pueblo
quedaba el árbol grande.
Era una plaza mínima,
pero el árbol viejísimo
la desbordaba entera.*

...

*El pueblo está en la escarpa de una sierra.
Arriba la Najarra.
Abajo la llanura, como una sed enorme de perderse.
Despeñado, colgante, quedó el pueblo agrupado bajo el árbol.
Quizá contenido por él sobre el abismo.*

...

*El árbol:
un álamo negro, un negrillo, como allí se nombra.
El álamo: «Vamos al álamo». «Estamos en el álamo».
Todo es álamo.
Y ya no hay más que álamo, que es el único cielo de estos hombres.*

En una cafetería de esta plaza, nos paramos a coger fuerzas para el camino con un buen desayuno (zumos, café o colacao y picatostes). En un horno compramos dos hogazas de pan, una de nuestras debilidades. Las niñas se encargarían de su transporte durante todo el camino en sus pequeñas mochilas; poco a poco van acostumbrándose y sintiéndose más cómodas con algo de peso en la espalda.

Nos encaminamos por la Av. de José Antonio hacia la carretera de Rascafría (M-611) por la que iniciaremos nuestro recorrido hacia el puerto de la Morcuera, dejando atrás y a nuestra derecha el parque de Jerónimo Sastre. Una vez en la carretera nos llama la atención la vegetación de las fincas particulares con un colorido diverso (verdes, ocre y rojos otoñales). Dejamos la carretera por una bifurcación hacia la izquierda que va hacia el río. Esta bifurcación está justo en el Mirador de la Virgen donde nos paramos un momento para comentar la historia de la fuente-monumento que ahí se encuentra. Dedicado al "Tío Francachela" (Antonio Robledo Palomino 1826-1893) que fue pastor y un personaje muy popular debido a sus hazañas combatiendo a los lobos que hacían estragos entre el ganado. Hay datos en el archivo municipal que prueban que Antonio llegó a matar 219 lobos y la Diputación Provincial le concedió una pensión vitalicia de 80 céntimos por los beneficios ocasionados a la ganadería. Además de esta historia, el lugar merece la pena por las impresionantes vistas. A la izquierda la hondonada del río Miraflores y de frente la cumbre de la Najarra.

Llegamos a la zona de la Fuente del Cura, cruzando por el pequeño puente que salva el río. Inmediatamente después del puente, nace a la derecha una pista que sube paralela al río por su margen derecha. Cruzamos una "barrera canadiense" (puerta con vigas de metal en el suelo tendidas sobre un pequeño foso y con la separación suficiente para evitar que pase el ganado) y seguimos por la pista que al principio transcurre junto a una serie de chalets por la derecha y limitada por la izquierda, casi hasta el final, por una larga valla metálica (¿cinegética?) que irónicamente protege a los animales para que luego puedan ser cazados. Según ascendemos va aumentando la espesura del robledal. En el último tramo de esta pista, la pendiente aumenta notablemente y tras un brusco giro a la izquierda y otro a la derecha, termina junto al pequeño embalse de Miraflores que abastece de agua a este municipio.

Seguimos por un sendero hacia la izquierda, alejándonos del embalse y rodeados por arbustos, tejos, helechos y sobre todo robles, hasta salir a una gran pradera con pronunciada pendiente. En la parte alta de la pradera se divisa el límite de un gran pinar. Justo bordeando este pinar en la falda del pico de la Najarra, se encuentra la Cañada Real de la Morcuera, por la que seguiremos hacia la derecha, una vez superada la pradera, hasta el mismo puerto.

Nos detenemos en este punto de la narración para hacer un pequeño comentario que no nos resistimos a evitar. Siempre hemos pensado y comprobado que los encuentros en la montaña con otras personas son agradables, enriquecedores y a veces necesarios. Nunca falta el saludo amable y la indicación de posibles obstáculos que podemos encontrar en nuestro camino. Sin embargo la experiencia nos dice que hay dos excepciones. La primera son los domingueros que son capaces de meter el coche hasta lugares donde incluso una mula parece que tendría dificultades para llegar. Nunca se alejarán demasiado del vehículo de sus amores, harán todo el ruido que puedan y cuando se marchen nos dará la sensación de que su principal preocupación era dejar el lugar lleno del mayor número posible de porquerías. La segunda excepción son los cazadores. Durante muchos años de marchas por la montaña, pocas veces ha sido agradable un encuentro con cazadores. Casi siempre te dejan la sensación de que les has fastidiado tremendamente pasando por ese lugar y lo normal es que te traten con bastante desprecio y poca o nula amabilidad.

En esta ocasión tuvimos la mala suerte de cruzarnos, en la parte baja de la pradera que hemos descrito, con dos cazadores. No sabemos mucho de armas pero nos parecieron de caza mayor; no parecían escopetas normales. Uno de ellos conducía un grupo de perros y el otro caminaba solo a algunos metros de distancia del primero. Paramos a preguntarle al segundo cual sería el mejor camino para cruzar la pradera hasta la parte alta para llegar a la Cañada. Tras una especie de gruñido y con un gesto bastante malhumorado, nos indicó que subiríamos mejor por el borde derecho de la pradera siguiendo junto a unos chaparros que abundaban al lado de una pequeña vaguada formada por un arroyuelo. Por supuesto le agradecemos con toda amabilidad su información, pero alguno de nosotros no acababa de fiarse de que fuera buena; aun así seguimos su consejo. El que dirigía la jauría ni siquiera levantó la mirada para saludarnos y no nos echó a los perros (nos quedó claro que no le faltaron ganas) pero tampoco hizo nada para sujetarlos cuando empezaron a ladrarnos y cuando la niña pequeña se asustó claramente.

La belleza del entorno nos hizo olvidar enseguida este incidente y continuamos subiendo por la hermosa pradera dominada por un roble imponente. Según subíamos el entorno se volvía más impresionante, dominando con nuestra vista y a nuestras espaldas el embalse y al otro lado del valle la ladera del Sabinal que desciende hasta el río desde la sierra de la Morcuera. Durante la subida comprobamos la cantidad de diferentes plantas que en esta época del año coloreaban la pradera: cardillos, zarzas, helechos, setas, jaras, romero... La hierba estaba húmeda por lo que tuvimos algún resbalón que otro.

Por fin llegamos a la parte alta, junto al pinar, por donde transcurría la Cañada con un camino claramente visible. La vista era inmejorable, se veía todo el prado y el embalse rodeado de montes verdes y ocres.

Antes de tomar el camino hacia la derecha sin adentrarnos en el pinar, construimos un hito de piedras para reconocer fácilmente a la vuelta el punto en el que deberíamos abandonar el camino para bajar hacia el embalse. En el cielo sobrevolaban unas rapaces que pronto perdimos de vista pues se internaron en los jirones de niebla que empezaban a cubrir las cumbres. Empezó a soplar un poco de aire, que nos hizo sacar de las mochilas alguna prenda de abrigo. Tras esta pequeña parada seguimos nuestra marcha casi todo el tiempo en ligero ascenso hacia el puerto. En algunos tramos había grandes rocas pero el camino es muy accesible. En otros tramos la humedad del terreno lo hacía más difícil por el barro. Parecía un paisaje de cuento de hadas. El campo estaba plagado de setas de todos los colores y tamaños. No sabemos reconocer bien las setas, sin embargo no nos costó trabajo identificar la amanita muscaria ("la seta de los enanitos de los cuentos" tal y como la denominaron enseguida las niñas), que aun siendo muy venenosa daba un colorido precioso al borde del pinar con su brillante color rojo y sus verrugas blancas. Procuramos ir con cuidado para no pisarlas, pero había tantas que seguro que alguna sucumbió bajo nuestros pies.

La niebla iba bajando y el pinar se puso oscuro y tétrico, pues su frondosidad y la falta de sol hacía que no penetrase casi luz dentro del bosque. Oímos muchos cantos de pájaros, pero fuimos incapaces de descubrirlos entre los árboles.

A lo largo de toda la cañada encontramos grupos de vacas pastando libremente. Según ascendíamos el viento aumentaba y el aire se hacía más frío. Cruzamos un par de riachuelos, y ya muy cerca del puerto nos encontramos con un ciclista que bajaba y tras saludarnos, nos aconsejó que nos volviésemos pues en el puerto hacía mucho viento, la niebla se cerraba y claramente amenazaba lluvia. Tras despedirnos continuamos un poco más pero comprobamos que la niebla bajaba muy deprisa y decidimos seguir su consejo, por lo que nos agenciamos con unas ramas secas que había en el suelo para usarlas de bastón y dimos media vuelta poco antes de llegar al puerto.

El regreso lo iniciamos con calma disfrutando del entorno. Según bajábamos la temperatura subía un poco y el viento se calmaba de nuevo. Al llegar al hito que construimos anteriormente, lo deshicimos para no despistar a otros caminantes y emprendimos la bajada por la pradera, donde el palo que cogimos arriba nos fue muy útil para no perder el equilibrio y caer al suelo.

Al llegar a la altura del embalse, hicimos un alto de unos minutos, para meter en las mochilas las cazadoras y sacar los bocadillos que fuimos comiendo mientras continuábamos tranquilamente el camino sin parar por miedo a que se nos enfriaran los músculos o a que bajara más la niebla atrapándonos.

En torno a las tres de la tarde llegamos a la zona de la Fuente del Cura donde nos sentamos un buen rato a descansar, tomar algo y calentarnos con unos tímidos rayos de sol que se asomaban entre las nubes. Contemplamos varias aves entre ellas un herrerillo verde, azul y amarillo que se balanceaba en la rama de un pino cercano.

Continuamos hasta Miraflores donde una buena merienda nos dio fuerzas y la oportunidad de comentar tranquilamente la experiencia. Después de comprar un recuerdo, regresamos a Colmenar en autobús cansados, satisfechos de nuestra aventura e impresionados por el colorido del campo en estos días de otoño.

(Octubre de 1999
Ana - Aurora - Silvia - Teo)

